

LA REVANCHA.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

D. SALVADOR LASTRA.

Representada con extraordinario éxito en el Teatro de Variedades
la noche del 21 de Octubre de 1873.

MADRID: 1873.

IMPRESA DE DIEGO VALERO.
SOLDADO, 4.

LA REVANCHA.

LA REVANCHA.



Digitized by the Internet Archive
in 2013

LA REVANCHA.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

D. SALVADOR LASTRA.

Representada con extraordinario éxito en el Teatro de Variedades
la noche del 21 de Octubre de 1873.

MADRID: 1873.

IMPRESA DE DIEGO VALERO.
SOLDADO, 4.

PERSONAJES.**ACTORES.**

EMILIA.	D. ^a JUANA ESPEJO.
LUISA.	AURORA RODRIGUEZ
D. SILVERIO.	D. ANTONIO RIQUELME.
CÁRLOS SANDOVAL.	RICARDO ZAMACOIS.
EL BARON DEL SOTO.	ANDRÉS RUESGA.

**La accion en una casa de campo en las cercanias
de Madrid. Época actual.**

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la galería Hidalgo son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A D. ANTONIO RIQUELME.

En prueba de amistad

EL AUTOR.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS 350

LECTURE 1

MECHANICS

1.1 Kinematics

1.2 Dynamics

1.3 Energy

1.4 Momentum

1.5 Angular Momentum

1.6 Relativity

1.7 Quantum Mechanics

1.8 Electromagnetism

ACTO ÚNICO.

La escena representa una sala decentemente amueblada. Puertas laterales y al foro, y ventanas en segundos términos. Velador con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

Aparece escribiendo el baron del Soto.

BARON. «Sí, querido Luis, estoy enamorado como un loco; tanto, que estoy resuelto á casarme. He penetrado en su casa de resultas de una caída de un caballo. Diez dias llevo en este paraíso y todavía no he podido hablarla con libertad. Si vieras qué hermosa es y qué talento tiene... en fin, no quiero cansarte ponderándote sus cualidades, porque sería cuento de nunca acabar. Tu amigo, el baron del Soto.»
(Cierra la carta y se la guarda.)

ESCENA II.

D. SILVERIO, EMILIA y el BARON.

SILV. (Sale disputando.) Pero cuando yo te digo hija mía que debes... Hola, que tenemos ya levantado á nuestro herido. Qué tal don Luis?

BABON. Muy bien. A los piés de usted, Emilia.

EMILIA. Caballero!... (Saludando.)

SILV. Usted va á fallar sobre una cuestión que tenemos pendiente mi hija y yo. Figúrese usted...

EMILIA. Pero papá!

SILV. Figúrese usted don Luis que mi hija tiene virtud, ingenio, talento... en eso se parece á mi; un carácter algo fuerte... en eso se parece á su madre; veinte mil duros de dote y una belleza asombrosa.

EMILIA. Y sobre todo con un padre tan modesto, no es eso?

BARON. A qué negar lo que está á la vista?

SILV. Bien dicho. Pues bien; con todas esas cualidades, á qué debe aspirar; á casarse? Pues ha de saber usted que se niega á ello.

BARON. Magnífico!

SILV. Cómo magnífico!

BARON. Quiero decir... que si el esposo que la destina!...

SILV. Un partido ventajoso, soberbio. Nada menos que el hijo de un amigo mio, Cárlos Sandoval, capitán, ayudante del coronel...

BARON. Le conozco, sirve en mi regimiento.

SILV. Me alegro, así será usted de mi opinion.

BARON. (Difícil es.)

SILV. No es verdad que es un jóven de mucho talento, valiente...? Hombre, ayúdeme usted á ponderar su mérito.

BARON. (Pues tiene gracia que yo...) Sí... efectivamente, es un jóven.....

SILV. Y sobre todo muy rico. Ya ves, con estas cualidades es imposible que dejes de quererle.

EMILIA. Pero cómo quieres que le ame, si no le conozco?

SILV. Pero le conozco yo. Es decir, yo no le he visto en mi vida; pero su padre es íntimo amigo mio, y él me asegura.....

EMILIA. El qué!

SILV. Las bellas cualidades de su hijo. Y él es incapaz de decir...

EMILIA. Pero papá, eso no es bastante.

SILV. Cómo que no.....

EMILIA. Comprende que yo soy la interesada, y que necesito cerciorarme por mí misma. Además, yo no deseo casarme por ahora. Me encuentro perfectamente al lado de mi padre; de un padre tan cariñoso, (abrazándole) á quien amo con todo mi corazón, y el que necesita mis caricias y mis cuidados, porque vá siendo viejo. (Dándole con la mano en la cara)

BARON. Malo, don Silverio, malo; veo que sale usted derrotado.

SILV. Pues no señor; no crea usted que sus zalamerías me hacen desistir de mi proyecto. He dado mi palabra, y ya ve usted... no puedo retroceder. Ya sabes que dentro de pocos dias vendrá Cárlos con tu hermano Enrique.....

BARON. (Malo!)

EMILIA. Tan pronto?

SILV. Y es preciso que le demos una contestacion. El vendrá, le verás, y si no te agrada para marido, entonces... Pero estoy seguro que te agradará, es preciso que te agrade; por qué no ha de agradarte? Sabe usted de qué se rie mi hija?

BARON. Lo ignoro!

SILV. De qué te ries?

EMILIA. (Riéndose cariñosamente.) Mi querida Emilia, soy un padre que solo desea tu felicidad; escoje por esposo al que te guste, con tal que ese sea Cárlos Sandoval. Te dejo enteramente libre, con la condicion de que no has de tener más voluntad que la mia. Vamos, confíesalo papá; no es esto sobre poco más ó ménos lo que quieres decir?... Sé franco.

SILV. Qué demonio de muchacha. Tiene más talento que yo, que soy su padre.

BARON. Segunda derrota.

SILV. Hombre... no parece sino que usted... Lo pensa

ré... y sí... en fin, hija mia, yo lo que quiero es verte dichosa, hacer tu felicidad.

EMILIA. Eres el mejor de los padres.

SILV. El mejor, el mejor... que siempre he de hacer lo que quiera este muñeco!

BARON. Está visto; no puede usted discutir con Emilia.

SILV. Veremos si me sucede lo mismo con usted. Le propongo una partida de ajedrez. Acepta usted?

BARON. Con mucho gusto.

SILV. Pues voy por él. En tanto le dejo solo con mi hija.

BARON. Me considero muy dichoso.

SILV. Procure usted convencerla, persuadirla á que deseche su idea y se case con el hijo de mi amigo. Ya ve usted he dado mi palabra.....

BARON. Descuide usted, que haré todo lo posible... (porque no se case.)

SILV. En usted confío. (Qué lástima que este jóven no sea rico.) (Vase puerta izquierda.)

ESCENA III.

DICHOS menos DON SILVERIO.

BARON. (Hé aquí la ocasion que tanto deseaba.) Emilia, tengo que suplicarla que me perdone.

EMILIA. Yo? y por qué?

BARON. Solo esperaba una ocasion para decírselo. He cometido una falta...

EMILIA. Una falta? Explíquese usted, don Luis.

BARON. Emilia... yo he abusado de la bondad y del buen carácter que tanto honran á su papá de usted.

EMILIA. No comprendo.....

BARON. Yo he penetrado hasta aquí, valiéndome de una farsa que estaba muy lejos de ser una realidad. He representado una comedia con el objeto de ver de cerca esos lindos ojos, de escuchar á cada instante esa preciosa voz.....

EMILIA. Caballero!

BARON. He entrado en esta casa, en fin, para decirle á usted que la adoro; (Aparece Don Silverio.) que una palabra de usted puede hacerme el más feliz de los hombres. (Se arrodilla.)

ESCENA IV.

DICHOS, DON SILVERIO puerta izquierda.

SILV. Muy bien! (Bejando.)

EMILIA. Ay!

BARON. (Ahora va á ser ella.)

SILV. Dígame usted, don Luis, es ese el modo que tiene usted de convencer á mi hija á que se case con el hijo de mi amigo?

EMILIA. Papá, yo te aseguro.....

BARON. Yo le juro á usted

SILV. Hija mia, ten la bondad de retirarte por un momento al jardin; tengo que hablar con este caballero de un asunto de mucho interés.

BARON. (A Emilia.) Ya sabe usted que espero su contestacion.

SILV. (Qué le habrá dicho!) Anda hija mia, muy pronto iré á buscarte.

EMILIA. Caballero!...

BARON. A los pies de usted, señorita.

EMILIA. (Es particular. Ahora deseo más que ese casamiento no se verifique.) (Vase foro izquierda.)

ESCENA V.

DICHOS menos EMILIA.

BARON. (Qué querrá decirme!)

SILV. (Yo no sé cómo decirle con buenos modos, que se vaya de mi casa.) Don Luis, usted es una persona muy amable... de un talento muy ameno....

- BARON. Veo que exajera usted.
- SILV. No, es justicia, solo justicia. Yo sería el hombre más feliz del mundo, si pudiera conseguir que prolongase usted su permanencia en esta casa.....
- BARON. De veras? No es otro mi deseo.
- SILV. Sí, lo creo, pero... (Es preciso decírselo de una manera indirecta.) No puede usted continuar por más tiempo en esta casa.
- BARON. Cómo!
- SILV. Ya comprenderá usted que despues de lo que ha pasado con mi hija, y estando esta comprometida con el hijo de un amigo mio, Cárlos Sandoval, capitán y....
- BARON. Sí, y ayudante del coronel; ha tenido usted la bondad de decírmelo.
- SILV. Ya sabe usted que debe venir de un momento á otro, que tiene mi palabra, y la presencia de usted en mi casa... en fin, quién me dice que mi hija no acaba por enamorarse de usted?
- BARON. Ah! usted cree.....
- SILV. No; esto no es más que una suposicion. Pues como decia; si esto llegara á suceder, tendria que casar á mi hija con un hombre sin fortuna, sin posicion, con un desconocido, en fin. Y aunque yo soy un filósofo...
- BARON. Pues bien; ya que es preciso decirlo, sepa usted don Silverio que yo no me llamo Luis Vargas.
- SILV. Cómo es eso?
- BARON. Mi verdadero nombre es muy conocido en Madrid y en esta casa.
- SILV. Pero qué significa....?
- BARON. Esto significa que, tomando por pretesto la caida de un caballo.....
- SILV. (Oh! qué rayo de luz!)
- BARON. He penetrado en su casa con el solo objeto de obtener el cariño de Emilia, sin deber nada á la posicion que gozo en el mundo. Soy en fin.....

- SILV. Basta, basta. Lo sé, lo he adivinado.
- BARON. Usted?
- SILV. Si tengo una penetracion!... Bravo, bien! aplaudo la manera que has tenido de... eso revela ingenio... (Y yo que iba á echarle de casa!)
- BARON. (Qué cambio!) Con que usted aprueba...
- SILV. Y por qué nó? Lo mismo hubiera hecho yo. Has querido antes de dar el gran paso, apreciar detenidamente las cualidades de la mujer que ha de hacer la felicidad de toda tu vida. Muy bien, mi querido yerno, muy bien!
- BARON. (Su querido yerno?..)
- SILV. Qué contenta se va á poner Emilia en cuanto lo sepa! porque... aquí para inter nos, le eras muy simpático.
- BARON. De veras?
- SILV. Sí, mi querido Cárlos!
- BARON. (Cárlos!... Ah! ya caigo!)
- SILV. Tambien para mí lo eras, pero como yo tenia dada mi palabra á tu padre... Y cómo sigue el bueno de Pantaleon?
- BARON. Pantaleon?... Perfectamente. (Pues señor, me toma por Sandoval; con tal que logre mi deseo...)
- SILV. Pero qué penetracion la mia! En cuanto me digiste que tú... no eras tú... quiero decir, que el otro... por supuesto, no hay mas que mirarte á la cara; tienes todo el aire de familia. Y dime: cómo es que Enrique no ha venido contigo?... Acaso está malo?...
- BARON. No... si no que... recibió una orden de su coronel mandándole que permaneciera más tiempo en Madrid.
- SILV. Su coronel, el baron del Soto! Bello sugeto.
- BARON. Usted le conoce?
- SILV. Mucho. No le he visto en mi vida. Pero tendria mucho gusto en conocerle.
- BARON. Pues me han asegurado que usted le ha vis-

- to muchas veces, es más, que le ha hablado.
- SILV. Te hau engañado como á un chino. Ya ves, yo hace años que vivo entregado á mis libros, sin salir de este rincon, y como él no hubiera venido á verme, por mi parte... Dicen que es muy valiente y muy guapo... es cierto?
- BARON. Dispense usted, mi modestia no me permite...
- SILV. Cómo que tu modestia no te permite...!
- BARON. Diré á usted!... (Ya no me acordaba!...) no me permite ensalzar las bellas prendas cuando se trata de un amigo.
- SILV. Con efecto... (Buenos amigos tienes, Benito.) Pero no te parece que vayamos en busca de mi hija, á darle esta agradable sorpresa?
- BARON. Con mucho gusto.
- SILV. Pues dáme el brazo, mi querido yerno, y volemós al jardín.

ESCENA VI.

DICHOS. LUISA foro izquierda.

- LUISA. Señor!
- SILV. Qué se te ocurre?
- LUISA. Vicente me ha dicho si sube el thé á esta sala.
- SILV. No, dí que lo lleve al jardín, al cenador de la derecha.
- LUISA. Está bien. (Marchándose.)
- SILV. Oye, que lleve tambien una botella de rom, de las que están en mi biblioteca. Es necesario alegrarse un poco, en gracia de tu aparicion.
- LUISA. (Qué significa esto?) (Marchándose.)
- SILV. Oye, sabes quién es este caballero?
- LUISA. Ya lo creo! Don Luis Vargas.
- SILV. Já, já! Tambien esta ha creído el engaño! Y la verdad es que quién habia de figurarse... solamente yo con mi penetracion...
- BARON. Sí, ya veo que es prodigiosa!

- SILV. No ves que he leído mucho á Aristóteles?
BARON. Ah! Entonces...
SILV. Pues este jóven que ves aquí... no es el que ves... quiero decir, que es Carlos Sandoval, capitán, ayudante del coronel, y mi futuro yerno.
LUISA. De veras? Cuánto me alegro!
SILV. Lo ves? Todos nos alegramos de que no seas lo que antes eras... quiero decir... en fin, vamos á reunirnos con mi hija. (Vánse.)

ESCENA VII.

LUISA. A poco CARLOS puerta segunda derecha.

- LUISA. Pues señor, quién habia de figurarse que teníamos tan cerca al novio de mi señorita, á don Carlos Sandoval! Luego mi señorita, que antes aborrecia este nombre, se casa ahora con la persona que lo lleva, porque no le es del todo indiferente? Cuando yo decia que le queria... Calle! Ha parado un carruaje; quién será? Puede que sea el señorito Enrique. Eso es; vendrá á pasar unos dias con la familia y luego se irán todos juntos á Madrid á celebrar la boda. Qué gusto! Yo tambien iré con ellos. Porque no creo que vayan á casarse y dejen á la doncella en este rincon; no está bien.
CÁRL. (Entrando.) (La casa está completamente desierta; sin duda no me esperan.)
LUISA. (Calla! no es él.)
CÁRL. (Hola! Esta será sin duda la doncella.) Felices, muchacha.
LUISA. Caballero... tendrá usted la bondad de decirme á quién debo anunciar...?
CÁRL. Pues qué, tú no estás en antecedentes?
LUISA. No señor.
CÁRL. Parece mentira que en tu calidad de doncella no estés en pormenores, tratándose de una boda.

- LUISA. De una boda?
- CÁRL. Sí, hija mia; yo soy la persona que esperan.
- LUISA. Que esperan? No lo entiendo.
- CÁRL. Tu señorita se va á casar; lo entiendes ahora?
- LUISA. Sí señor, con don Cárlos Sandoval.
- CÁRL. Justamente; que debia venir uno de estos dias con Enrique.
- LUISA. Sí, pero por lo que veo el señorito Enrique todavía no ha llegado, y el novio...
- CÁRL. Eso es, y el novio sí. No eres tan torpe como yo me figuraba. Pues bien; vé á decir á tus amos que estoy aquí.
- LUISA. Que está usted aquí?
- CÁRL. Sí, corre.
- LUISA. Pero qué le digo á mi señor?
- CÁRL. Nada, que venga.
- LUISA. Nada?
- CÁRL. (Mejor será informarme antes...) Oye, cómo te llamas?
- LUISA. Luisa, para servir á usted.
- CÁRL. Para servirme á mí?... (No es despreciable esta doncella.) Dime, Luisa, qué harías tú si yo te ofreciera un abrazo y cinco duros?
- LUISA. Pero á qué viene...?
- CÁRL. Responde.
- LUISA. Vaya una pregunta! Yo en ese caso... tomaria...
- CÁRL. El abrazo?
- LUISA. No señor, los cinco duros.
- CÁRL. (Vamos, es como todas; bien puedo preguntar...) Pues tómalos.
- LUISA. Caballero, yo no sé si debo...
- CÁRL. No sabes si debes?... (Yo si; por eso me caso.) Vamos, toma, que en el tomar no hay engaño.
- LUISA. Siendo así, muchas gracias. (Es muy simpático este caballero.)
- CÁRL. Ahora responde á mis preguntas.
- LUISA. Diga usted.

- CÁRL. Tu señorita es obediente?
- LUISA. Como un ángel.
- CÁRL. Tiene buen carácter?
- LUISA. Como el de un ángel.
- CÁRL. Y es hermosa?
- LUISA. Como un ángel.
- CÁRL. Demonio! (Pues todo lo tiene como un ángel. Voy á estar en la gloria.) Y dime, qué opinion tiene formada de su futuro esposo?
- LUISA. El nombre lo odiaba, pero la persona, sin saber que era don Carlos, la queria.
- CÁRL. Cómo es eso! Explicáte más claro...
- LUISA. Quiero decir, que como aquí ha entrado don Carlos con un nombre supuesto...
- CÁRL. Qué estás ahí hablando?
- LUISA. En los diez dias que lleva ha logrado interesar su corazon.
- CÁRL. Diez dias... Pero tú te has vuelto loca?... En esta casa no ha entrado ningun Carlos de Sandoval hasta hoy.
- LUISA. Que no?... Pues vaya usted al jardin y lo encontrará con don Silverio y la señorita.
- CÁRL. En el jardin... Pero señor, qué es esto?
- LUISA. Precisamente hasta hoy no le ha reconocido don Silverio.
- CÁRL. Reconocido?... Es decir, que hay en esta casa un Carlos Sandoval?...
- LUISA. Capitan y ayudante del coronel Espinosa...
- CÁRL. Y que intenta casarse con tu señorita?
- LUISA. Sí señor.
- CÁRL. Pues entonces... quién soy yo?
- LUISA. Usted lo sabrá.
- CÁRL. Hombre, esto sí que tiene gracia. Haber aquí un yo, y ese yo, no ser yo.
- LUISA. (Qué dice?)
- CÁRL. Dónde se encuentra ese otro yo?
- LUISA. Cómo?

CARL. Quiero decir. Cárlos Sandoval.

LUISA. En el jardin; por esta ventana es fácil que lo vea usted. Sí, allí viene con don Silverio y la señorita. Mírelo usted. (Asomándose á la ventana.)

CARL. Qué veo! Mi coronel. (Idem.)

LUISA. Su coronel?

CARL. Sí, mi coronel que ha tomado mi nombre con la intencion de tomarme tambien la novia.

LUISA. Su novia?

CARL. Sí, hija mia; porque yo soy el verdadero Cárlos Sandoval.

LUISA. Usted?

CARL. Yo, en persona. No ha sido poca fortuna el haber traído mi cartera con los papeles... Oh, qué idea! Yo le haré pagar su pesada broma. Quieres ganarte diez duros?

LUISA. Ya lo creo.

CARL. Pues vente conmigo y afuera te explicaré...

LUISA. Pero es que...

CÁRL. Se trata de la felicidad de tu señorita.

LUISA. Entonces...

CARL. Oigo ruido, ellos deben ser... Vámos. (Luego nos veremos, mi coronel.) (Vánse puerta segunda derecha.)

ESCENA VIII.

EMILIA. EL BARON. DON SILVERIO foro.

SILV. Pues sí señor; antes de que tu nacieras, tu padre y yo éramos enemigos mortales.

BARON. (Y no poder hablarla con libertad!)

SILV. Tanto es así, que un dia por poco tenemos un desafío,

EMILIA. Un desafío?

SILV. Sí, hija mia; y no se llevó acabo por estar yo leyendo una obra de Ciceron, la cual me interesaba concluir. Que si no... ni tu habieras nacido, ni yo

estaría ahora hablando con vosotros. Ahí tienes lo que es el mundo.

BARON. De modo que el nacimiento de esta señorita, se debe...

SILV. A Ciceron, amigo mio. Y luego dirán que los libros no sirven para nada. Pues sí señor; los dos queríamos á la misma mujer, y como yo he tenido siempre tan buena penetracion, el mismo dia que se casaron me convencí de que no era á mí á quien queria, y...

BARON. Lo desafió usted?

SILV. Nó; renuncié generosamente al cariño de tu madre y fui padrino de la boda.

BARON. Muy bien; ese rasgo indica nobleza de alma.

SILV. Yo siempre he sido muy noble; y mi familia lo mismo. Como que desciendo del último soldado que entró en Granada en tiempo de Isabel la Católica.

EMILIA. Pues no veo la nobleza, papá.

SILV. Te parece poca, dejar la gloria á los demás entrando el último! Hombre, me ocurre una idea, tú que tienes intimidad con tu coronel...

EMILIA. Es usted amigo del coronel?

SILV. Anda, pues si son uña y carne.

EMILIA. Tendria mucho gusto en conocerle. Enrique me ha hablado mucho de él, ponderándome sus buenas cualidades.

BARON. (Pues señor, en esta casa todo el mundo desea conocerme.) Pudiera suceder que al conocerle cambiara usted de opinion.

EMILIA. Por qué?

BARON. Porque es posible que hayan exajerado.

SILV. Qué han de exajerar? al contrario. Pues si es el caballero mas guapo y mas... Parece que lo estoy viendo; debe ser alto, grueso, con un bigotazo...

BARON. Pues es todo lo contrario, es...

ESCENA IX.

DICHOS. LUISA; á poco CARLOS puerta segunda derecha.

LUISA. El señor baron del Soto, solicita permiso para entrar

BARON. Eh? (Asombrado.)

EMILIA. Cómo? (Con extrañeza.)

SILV. ¿Será posible? (Con alegría.)

BARON. A ver, que nombre has dicho?

LUISA. El señor baron del Soto.

BARON. (Con duda.) Y está ahí?

LUISA. Si señor.

SILV. Qué tiene de particular?

BARON. Nada; creí que... (Esto sí que es prodigioso.)

SILV. Dios mio, el baron en mi casa. Y ese Enrique que no nos previene... Has oido Cárlos, el baron está ahí.

BARON. Sí, ya lo he oido... (y no salgo de mi asombro.)

SILV. Anda hija mia, arréglate un poco, no está bien que te presentes de ese modo delante de un baron.

EMILIA. Voy enseguida.

SILV. Arréglate bien, eh? Y ponte bonita, muy bonita sobre todo.

EMILIA. Pero papá...

SILV. Es verdad, no sé lo que me digo.

EMILIA. Con permiso. (Váse puerta primera izquierda.)

BARON. Usted lo tiene Emilia.

LUISA. Señor, qué le digo?

SILV. A quién?

LUISA. Al señor baron.

SILV. Ya no me acordaba; que pase, que pase enseguida. Que vá á pensar de mí el señor Baron, haciéndole esperar tanto? El que estará acostumbrado...

BARON. No le inquiete á usted eso, porque es muy franco; es decir, si es como yó.

- SILV.** Qué?
- BARON.** Como yo le dejé en Madrid; puede haber cambiado.
- SILV.** Aquí se acerca.
- BARON.** (Ahora veremos quien és...)
- CARL.** Señores! (Saliendo.)
- SILV.** Adelante, señor Baron.
- BARON.** (Calla; Cárlos! Ahora comprendo...)
- CARL.** Es á don Silverio García á quien tengo el honor...
- SILV.** Servidor de usted.
- BARON.** (Ha tomado la revancha.)
- CARL.** Usted dispensará mi atrevimiento al presentarme en su casa, máxime no habiendo tenido el gusto de conocerle hasta ahora.
- SILV.** Usted es amigo de mi hijo, y sus amigos son siempre recibidos con placer en esta casa.
- CÁRL.** Gracias.
- SILV.** Tome usted asiento. (Le toma el sombrero, lo pone sobre la mesa y baja sin silla.) Pero Cárlos, no saludas á tu coronel?
- BARON.** Es cierto, estaba distraído. Mi coronel!... (Pasando á su lado.)
- CARL.** (Pues no se enfada.) Hola! Estaba por aquí mi ayudante y no le habia visto. Cómo vamos? (Dándole la mano.)
- BARON.** Siempre á las órdenes de usted, mi coronel.
- SILV.** (Con qué franqueza lo trata. Es muy amable este coronel.) Pero tome usted asiento. (Sube por una silla y baja al centro sin ella.)
- CARL.** Gracias.
- SILV.** (Bajando entre los dos.) Usted me dispensará si le he hecho esperar mucho tiempo. En mi aturdimiento... como no esperaba tener la dicha de... Enrique no me ha escrito nada.....
- CARL.** Tampoco lo sabe. Asuntos del servicio le tienen muy ocupado, y hace dos dias que no le veo.
- SILV.** Pero tome usted asiento. (Presentándole la silla.)

CARL. Gracias... (á Dios!) No pensaba tener la dicha de hallarle á usted en esta casa.

BARON. Ni yo de que usted me encontrara.

SILV. Está usted contento de Cárlos?

CARL. De... Cárlos?... sí señor.

SILV. Es un buen muchacho.

CARL. Bastante.

SILV. Pues si usted conociera al padre, es lo mismo. Y cómo se le parecel

CARL. Sí, eh?

SILV. Es un parecido asombroso. No necesitó más que decirme de quién era hijo, para que yo le conociera en seguida.

CARL. Lo que prueba que es usted un gran fisonomista.

SILV. No mucho; pero lo bastante para reconocer al hijo de mi amigo.

CARL. Ya lo veo. (Es bastante original D. Silverio.)

SILV. Señor Baron, voy á ser franco con usted.

CARL. Muy bien hecho; á mí me gusta mucho la franqueza.

SILV. Pues deseaba que llegara este momento, porque tanto mi hija como yo teníamos vivos deseos de conocerle. Nos han hablado tanto de usted!

CARL. Y á quién debo tan buenas ausencias?

SILV. (Voy á proteger á Cárlos.) A todo el mundo, y especialmente á su ayudante de usted.

CARL. Ah!... Con que es á Cárlos á quien.....

BARON. (Ahora vá á creer que yo...) Le diré á usted, yo....

SILV. Su modestia no le permite... (Cállate, hombre, no conoces que te estoy protegiendo?)

BARON. (Me gusta la manera.)

CARL. Pues le doy repetidas gracias. Yo estoy seguro, muy seguro, que él siempre hablará muy bien del baron del Soto, porque le ciega la amistad. No es verdad, Cárlos?

BARON. Así es; lo mismo que usted de Cárlos Sandoval.

SILV. Así me gusta. Es íntimo amigo del coronell)

- CARL. Don Silverio, voy á explicarle á usted el objeto de mi visita. Es un asunto muy sério, pero que se reduce á pocas palabras. Caballero, quiere usted concederme la mano de su hija?
- SILV. Cómo?
- CARL. Amo á su hija de usted, y solo espero que me haga usted feliz ó desgraciado.
- SILV. (Dios mio, qué partido para mi hija.)
- CARL. Soy jóven, me llamo Arturo Espinosa, baron del Soto, coronel de infanteria; mi capital... el señor mejor que yo sabe á cuánto asciende.....
- BARON. Es considerable!
- SILV. (Estaré soñando!...)
- CARL. Y bien; qué me contesta usted?...
- SILV. Señor Baron, yo... doy á usted gracias por la honra que nos dispensa, pero... (Por vida del compromiso!...)
- CARL. Ese pero indica que me niega usted su mano?
- SILV. Yo?... de ningun modo. No vaya usted á figurarse que yo... (qué lástima, hubiera sido baronesa.)
- BARON. (En qué compromiso se encuentra Don Silverio.)
- SILV. Pero ya ve usted he dado mi palabra... (Cuánto lo siento!) Y mi hija está ya prometida á Cárlos Sandoval.
- CARL. Es decir, á este caballero?
- SILV. Sí señor; yo hubiera tenido mucho gusto que mi hija fuera baronesa... quiero decir... que si Cárlos... en fin... mi palabra.....
- BARON. Poco á poco; usted me ha dado su palabra, es cierto, pero ha sido con la condicion de agradar á Emilia, y como hasta ahora no sé si he tenido esa dicha, dejo á usted libre de su compromiso hasta el momento que obtenga su cariño. (No podrá quejarse Cárlos.)
- SILV. Cuando yo decia que eras un buen muchacho!... No vayas á figurarte que esto lo digo porque no deseo que tú seas mi yerno, al contrario. Pero un

padre... no debe sacrificar á su hija... debe desear su felicidad... No digo bien, señor barón?

CARL. Efectivamente.

BARON. Además, me agrada en extremo sostener una lucha con un rival tan poderoso como el señor Baron.

CARL. Gracias.

BARON. Por consiguiente, don Silverio expondrá nuestra solicitud á su hija, y el que salga derrotado sufra con paciencia su desgracia.

SILV. Muy bien pensado.

CARL. (Malo, está seguro de su cariño; he llegado tarde.)

SILV. El que mi hija escoja por marido aquel será de mi gusto.

BARON. Con la condicion de que usted no ha de hablar con Emilia en favor de ninguno de los dos.

SILV. Corriente; no desplegaré mis labios. Voy á llamar á mi hija. (Toca el timbre.)

CARL. Así me gusta mi coronel; guerra leal.

BARON. Corremos la misma suerte.

(Sale Luisa foro.)

SILV. (A Luisa.) Dí á tu señorita que venga enseguida.

LUISA. (No será sin que le cuente todo lo que pasa.)

(Vase puerta izquierda.)

BARON. Pues entonces, con permiso de ustedes, me retiro.

SILV. Oye, Carlos, espero que si por desgracia mi hija no te prefiere, á mí no me guardarás rencor!..

BARON. De ningun modo.

SILV. Ya ves que yo obro en esto con mucha imparcialidad.

BARON. Ya lo veo. Mi coronel... buena suerte. (Dándole la mano.)

CARL. Lo mismo digo, mi... capitan.

BARON. Hasta despues, don Silverio. (Vase.)

SILV. Vete con Dios mi querido Carlos. (Entre un coronel y un capitan hay mucha diferencia.)

ESCENA X.

DON SILVERIO, CARLOS.

- CARL. (Cuando él me deja el campo libre...)
SILV. Pues señor, es un buen muchacho.
CARL. Quién, el baron?
SILV. Qué baron?
CARL. (Ya no me acordaba.) Usted se refiere á Cárlos?...
Oh! sí, es un buen muchacho... incapaz de... y
sobre todo, muy amigo mio, mucho. Así es que
sentiré en el alma que Emilia rechace su mano.
SILV. Cómo?
CARL. Es decir... yo le explicaré... usted comprenderá
muy bien... que yo... como baron, me alegraré
muchísimo que Emilia rechace la... pues! Pero,
como amigo íntimo de Cárlos... sentiré infinito que
me conceda la... usted comprende?....
SILV. Perfectísimamente. (No sé qué quiere decir este
señor.)

ESCENA XI.

DICHOS, EMILIA puerta izquierda.

- SILV. Hija mia, tengo el gusto de presentarte al señor
baron del Soto.
CARL. Señorita! (Es muy bonita.)
EMILIA. Caballero!
SILV. Ha observado usted su alegría al verle? (A Cárlos
aparte.)
CARL. Ya veo que supera la belleza de esta señorita á lo
que me habian dicho.
EMILIA. Gracias.
SILV. Eh? qué te parece? No es verdad que es muy fino,
y muy... (Tapándose la boca.) (Ya no me acordaba

que he prometido ser imparcial.) Este caballero, que es muy rico... (esto bien puedo decirlo) coronel y baron del Soto, me ha pedido tu mano, y solo espera tu contestacion. El que tú elijas por esposo aquel será de mi gusto. Yo no puedo decirte que escojas al señor, porque he dado mi palabra á Cárlos de callarme en esta cuestion, que si no... Con que tu decidirás. (Me parece que no puedo ser más imparcial.) Ande usted ahora, dígala algo.

CARL. Temo.....

SILV. No tema usted nada... cuando yo se lo digo... y mi penetracion.....

CARL. Señorita, puedo esperar que usted.....

SILV. Espérela usted sin ninguna dificultad. Ahora verá usted. Vamos á ver, hija mia, con franqueza, amas á Cárlos?

EMILIA. A Cárlos?... no señor.

SILV. Lo vé usted, si mi penetracion es prodigiosa. No quiere á Cárlos, ni nunca lo ha querido, por más que yo le decia... pero no se lo digo ahora.

CARL. Con que esta señorita le odiaba antes de conocerle?

EMILIA. Dispense usted; no era odio, era... miedo. Me habian hablado tanto de él, que me espantaba su fama de calavera.

SILV. Tiene razon mi hija, es un calaveron de marca mayor, es otro don Juan Tenorio. Por supuesto lo mismo que su padre... (Tapándose la boca.) (Demonio! ya no me acordaba.....)

CARL. (Pues señor, buena fama tengo por aquí.) Les diré á ustedes, yo creo.....

SILV. (Apóyela usted en lo que dice.)

CARL. (Enseguida!) Pues á mi me parece que han exagerado mucho en cuanto á eso... Cárlos de Sandoval es incapaz de... no niego que le gusta el bello sexo... y á quién no le gusta! Pero de eso á lo otro...

por otra parte yo respondo de su constancia como de la mia.

SILV. Pero hombre de Dios, qué hace usted! Pues no está ensalzando á su rival!

EMILIA. Tambien me habian dicho que su carácter...

SILV. Atroz! Horrible! Lo mismo que el de su padre! Esto sí que no puede usted negarlo. Al fin militar! es decir... los capitanes... porque los coroneles... ya son otra cosa.

CARL. Yo le diré á usted... á veces las apariencias... Y en cuanto á su carácter... es enteramente igual que el mio.

SILV. (Pues señor, esto sí que no lo entiendo; poner en buen lugar al otro.)

EMILIA. De modo que usted opina.....

CARL. Que usted no podrá quererle, pero en cuanto á su conducta han exagerado mucho, señorita.

EMILIA. Pues entonces me decido; papá, me caso con el baron.

SILV. Es cierto, hija mia? Te casas con el baron? Qué felicidad! Dáme un abrazo; si siempre has tenido tú muy buen gusto. Vas á ser coronela. Déme usted otro abrazo mi querido yerno. No le decia yo á usted que sería el esposo de mi hija? Ande usted, le permito que le bese la mano.

CARL. Emilia, es cierta tanta felicidad?

EMILIA. Sí señor, me caso con el verdadero baron del Soto.

CARL. Cómo?

EMILIA. Con el fingido Cárlos Sandoval.

CARL. Ah! luego usted sabia.....

EMILIA. Todo! Y le suplico que me perdone.....

CARL. (Pues señor, se ha divertido conmigo.)

SILV. (Cómo se quieren... y yo que creia antes... que Cárlos... no me perdono mi poca penetracion. Aquí está. Pobrecillo!

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, el BARON foro izquierda.

- SILV. Amigo mio, siento mucho tener que decirle á usted que... mi hija ha entregado su mano á.....
- BARON. Comprendo.
- SILV. No me mire usted, porque yo no he dicho una palabra.
- CARL. Esta señorita, que lo sabe todo, concede su mano al primer baron del Soto que ha entrado aqui. (Empujándole hácia Emilia.)
- SILV. Es decir, á usted. (Por Carlos.)
- BARON. Será posible, Emilia?
- EMILIA. Sí, mi querido Arturo.
- SILV. Pero, qué significa?
- CARL. Esto significa, señor don Silverio, que mañana me marchó á Madrid si usted no manda otra cosa.
- SILV. Con que le concede á usted su mano y se marcha? No lo entiendo.
- CARL. No se casa conmigo.
- SILV. Con quién, con Carlos?
- CARL. No señor.
- SILV. Entonces con ninguno.
- CARL. Tampoco. Con el señor Baron.
- SILV. Quiere usted volverme loco?
- TODOS. Já, já, já!
- SILV. Calla, y se rien! Hacen ustedes el favor de decirme por qué se rien?
- CARL. Pero es posible, que usted, con su gran penetracion, no lo adivine?
- SILV. Ah! vamos... El señor es...
- BARON. Arturo Espinosa, baron del Soto, el cual tiene el honor de pedirle á usted la mano de su hija.
- SILV. Será cierto? Pues usted no es baron... vamos, yo no sé lo que me digo.
- CARL. Carlos Sandoval, servidor de usted.

SILV. Cárlos... y usted el baron... (Si comprendo una palabra que me ahorquen. Con que usted... digo tú, eres efectivamente el baron del Soto?)

BARON. Y su futuro hijo de usted.

SILV. Ven á mis brazos, hijo mio. Querrás creer que deseaba de todo corazon que fueras tú el preferido?

BARON. Lo creo.

CARL. Ahora solo falta... (Por el público)

SILV. Es verdad.

EMILIA. Y quién se atreve..... Yo nó.

BARON. Temo.....

SILV. No temas Arturo,
es el aplauso seguro.
Y cuando lo digo yo!...

BARON. Se vuelve lo blanco negro.
De usted será la jornada.
Señores, una palmada
para que acierte mi suegro.

FIN.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Quién es el muerto?

El alcalde popular (1).

Lo que parece y no es (2).

A la Habana me vuelvo (3).

Mi sobrino!

A cenar!

Los gabanes.

Por un portugués.

Caer en la red.

El coracero.

De vuelta del otro mundo.

Quien quita la ocasion.

(1) En colaboracion con D. Enrique Prieto.

(2) Con el mismo.

(3) Con el mismo.

TABLE OF CONTENTS

Introduction 1
Chapter I 10
Chapter II 20
Chapter III 30
Chapter IV 40
Chapter V 50
Chapter VI 60
Chapter VII 70
Chapter VIII 80
Chapter IX 90
Chapter X 100

Printed by the University Press, Cambridge
1880



